



unánimes

Estudios bíblicos

O: Carta a los Romanos

02.- El extenso saludo



unánimes

Estudios Bíblicos

O.02.- El extenso saludo

1. El texto

Romanos 1:1-15

Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras: evangelio que se refiere a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos.

Por medio de él recibimos la gracia y el apostolado para conducir a todas las naciones a la obediencia de la fe por amor de su nombre; entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo. A todos los que estáis en Roma, amados de Dios y llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Primeramente doy gracias a mi Dios, mediante Jesucristo, por todos vosotros, porque vuestra fe se divulga por todo el mundo. Dios, a quien sirvo en mi espíritu anunciando el evangelio de su Hijo, me es testigo de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera, si es la voluntad de Dios, tenga al fin un próspero viaje para ir a vosotros, porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis fortalecidos; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí.

Pero no quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros para tener también entre vosotros algún fruto, como lo he tenido entre los demás gentiles, pero hasta ahora he sido estorbado. A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor. Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma.

2. El saludo

Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras: evangelio que se refiere a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos.

Por medio de él recibimos la gracia y el apostolado para conducir a todas las naciones a la obediencia de la fe por amor de su nombre; entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo. A todos los que estáis en Roma, amados de Dios y llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

2.1. La identificación

Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios,

Este es el comienzo del más extenso saludo inicial de Pablo de todas sus cartas. Tal como en la epístola a Tito, Pablo se presenta aquí en Romanos como un “*doulos*” de Cristo Jesús. Como equivalente de “*doulos*” algunos prefieren—y otros aun insisten en—esclavo. Debemos reconocer que ciertos rasgos inherentes a la condición de esclavo, tales como la de la absoluta sumisión a su amo y su total dependencia de él, como también el derecho de propiedad del amo y su autoridad sin restricción sobre el esclavo, pueden ser aplicados, aunque en un sentido mucho más exaltado, a la relación entre Cristo y los creyentes. Sin embargo, visto que generalmente asociamos el concepto de esclavo con ideas tales como las de servicio involuntario, sujeción forzada y (frecuentemente) trato rudo, muchos han llegado a la conclusión (y quizá estén en lo cierto) que “esclavo” no es el mejor equivalente en este contexto.

Por otra parte, es necesario tener en cuenta que Pablo era un “hebreo de hebreos” y que por ende estaba a sus anchas en el Antiguo Testamento. Por ello, cuando se llama a sí mismo un “*doulos*” de Cristo Jesús, él quizá esté pensando en pasajes en que se llaman a Abraham, a Moisés, a Josué, a David, a Isaías, etc., siervos de Jehová. ¿Y no es aún posible que la imagen del Siervo absolutamente consagrado descrita en Isaías haya contribuido al significado del término “*doulos*” aquí en saludo? Por lo tanto nosotros favorecemos más la traducción “siervo” antes que la de “esclavo”.

Pablo se presenta como siervo de Cristo Jesús. El nombre personal Jesús, que significa, ya sea “él por cierto salvará” o “Jehová es salvación”, lo que en última instancia significa lo mismo, está precedida por el título oficial de Cristo (ungido). De este Cristo Jesús Pablo es siervo, completamente rendido a su Amo. Este siervo es, al mismo tiempo, “un apóstol llamado”.

Ahora bien, en su sentido más amplio un apóstol (del griego *apostolos*, término derivado de un verbo que significa enviar, comisionar, despachar) es cualquier persona enviada o por medio de quien se envía un mensaje; o sea, un embajador, un enviado, un mensajero. En el griego clásico el término podría referirse a una expedición naval, y un “barco apostólico” era un bajel de carga. En el judaísmo tardío, los “apóstoles” eran emisarios enviados por el patriarcado de Jerusalén para recaudar el tributo de los judíos de la diáspora. En el Nuevo Testamento el término adquiere un sentido claramente religioso. En su significado más amplio se refiere a cualquier mensajero del evangelio, cualquier persona enviada en una misión espiritual, cualquiera que, en tal

carácter, representa a su “Enviador” y trae el mensaje de salvación. Según este uso, Bernabé, Epafrodito, Apolos, Silvano y Timoteo son todos llamados “apóstoles”. Todos ellos representan la causa de Dios, aunque al hacerlo puedan también representar a ciertas iglesias en especial. Así Pablo y Bernabé representan a la iglesia de Antioquía y Epafrodito es el “apóstol” de Filipos.

Pero para determinar el significado del término apóstol aquí en Romanos será mucho mejor estudiar aquellos pasajes en los cuales es utilizado en su sentido más habitual. Lo encontramos diez veces en los Evangelios, casi treinta en Hechos de los Apóstoles, más de treinta veces en las cartas paulinas (incluyendo las cinco ocasiones en que aparece en las cartas pastorales) y ocho veces en el resto del Nuevo Testamento. Por lo general) se refiere a los Doce y Pablo.

En ese sentido muy profundo y completo un hombre es apóstol de por vida y dondequiera que vaya. Él ha sido investido con la autoridad de Aquel que le envió y esa autoridad atañe tanto a la doctrina como a la vida. La idea, encontrada en mucha de la literatura religiosa de hoy en día, según la cual un apóstol no tiene un verdadero oficio o autoridad, carece de base bíblica.

Pablo era, entonces, un apóstol en el sentido más amplio del término. Su apostolado era de igual carácter que el de los Doce. De allí que hablamos de “los Doce y Pablo”. Pablo hace notar con énfasis que el Salvador resucitado se le había aparecido a él tan ciertamente como se le había aparecido a Cefas (Pedro). Ese mismo Salvador le había asignado una misión tan amplia y universal que de allí en adelante su vida entera estaría consagrada a ella.

Sin embargo, Pablo, decididamente, no era uno de los Doce. Casi no merece consideración la idea de que los discípulos se habían equivocado al elegir a Matías para tomar el lugar de Judas y que luego el Espíritu Santo había designado a Pablo como verdadero sustituto. Pero si no era uno de los Doce y sin embargo estaba investido del mismo oficio, ¿cuál era la relación entre él y los Doce? En base a estos pasajes podemos formular la respuesta así: los Doce, al reconocer que Pablo había sido llamado especialmente para desarrollar su ministerio entre los gentiles, de hecho llevaban a cabo, por su intermedio, el llamado que ellos tenían para con esos los gentiles.

Las características de un apostolado total—el de los Doce y de Pablo—se enumeran a continuación:

- a. Los apóstoles han sido elegidos, llamados y enviados por Cristo mismo. Han recibido su mandato directamente de Él.

- b. Jesús los ha capacitado para su misión y ellos han sido testigos oculares y orales de sus palabras y hechos; más específicamente, ellos son los testigos de su resurrección. ¡Pablo también había visto al Señor!
- c. Ellos han sido dotados en medida especial con el Espíritu Santo y es ese mismo Espíritu, quien los guía a toda la verdad.
- d. Cuarto, Dios bendice su obra, confirmando su valor por medio de señales y milagros y dándoles mucho fruto a sus labores.
- e. Quinto, su oficio no está limitado a una iglesia local ni cubre tampoco sólo un breve lapso; por el contrario, es para toda la iglesia y de por vida.

Notemos: “un apóstol llamado”. Esto es, por cierto, una expresión mucho mejor que “llamado apóstol”, o “llamado a ser o a hacerse apóstol”. Lo que el original quiere decir es que Pablo era un apóstol en virtud de haber sido llamado efectivamente por Dios para ese oficio. Del mismo modo, la gente a la cual se dirige, eran santos en virtud de haber sido llamados, “santos por vocación (divina)”.

Como apóstol llamado, Pablo había sido “apartado para el evangelio de Dios”. Desde el principio él había sido designado por Dios para la proclamación del evangelio. En la carta a los Gálatas, el apóstol se expresa en los siguientes términos: “agradó a Dios, quien me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo predicara su evangelio entre los gentiles ...”

Pablo habla del “evangelio de Dios”. Es la narración o el relato de lo que Dios ha hecho para salvar los pecadores. Por esa misma razón es un mensaje de buenas nuevas. Es la gozosa nueva de salvación que Dios dirige a un mundo perdido en el pecado. No es lo que nosotros debemos hacer, sino lo que Dios en Cristo ha hecho por nosotros lo que es la parte más destacada en esas buenas noticias.

2.2. Los modificadores del término “evangelio de Dios”

2.2.1. Primer modificador

...que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras:

Este pasaje es, por cierto, muy importante. Nos muestra como Pablo, inspirado por el Espíritu Santo, quiere que consideremos al Antiguo Testamento. Él ve claramente que la antigua y la nueva dispensación van juntas. El considera el Antiguo Testamento y las buenas nuevas de salvación, tal como son proclamadas por Jesús y sus mensajeros, como una unidad. Hablando en términos generales, podemos decir que el Antiguo Testamento contiene las promesas; el Nuevo Testamento muestra cómo estas promesas habían sido, estaban siendo, e iban a ser cumplidas.

Cuando Pablo dice “sus profetas” él se refiere no sólo, desde luego, a hombres tales como Isaías, Jeremías, etc., sino también a Moisés, Samuel, David, etc. Para hablar en lenguaje que hasta los niños entienden: El Antiguo Testamento explicado por el Nuevo y el Nuevo Testamento contenido en el Antiguo. O en forma similar: El Nuevo en el Antiguo escondido, El Antiguo por el Nuevo revelado.

Lo que Pablo escribe aquí es exactamente lo que Jesús también proclamó: “... Hoy, mientras vosotros lo oís, se está cumpliendo este pasaje de la Escritura”, y : “Porque os digo, lo que ha sido escrito se debe cumplir en mí: ‘Y fue contado con los transgresores’. Sí, ese pasaje que se refiere a mí está llegando a su cumplimiento”.

Lo que debe enfatizarse aquí es que tanto Jesús como Pablo tenían en alta estima al Antiguo Testamento. Lo consideraban sagrado. Cuando alguien rechaza el Antiguo Testamento ¡está rechazando también a Jesús y a Pablo!

2.2.2. Segundo modificador

...evangelio que se refiere a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos.

Pablo confiesa que Jesús es el Hijo de Dios. Quiere decir que el Salvador era Hijo de Dios completamente aparte de su toma de la forma humana y con anterioridad a ello. Él es el Hijo de Dios desde toda la eternidad; por eso Él es Dios.

Esta confesión concuerda con todo lo que el apóstol dice en otras partes. De allí que en Romanos 9 según la que probablemente sea la mejor lectura e interpretación, Pablo llama a Jesús “sobre todo Dios bendito para siempre”. En Tito él lo describe como “nuestro gran Dios y Salvador”. Él es, en verdad, “Aquel en quien toda la plenitud de la deidad está concentrada” (Col. 2:9).

Ahora bien, es este Hijo quien, sin dejar de lado su naturaleza divina, asumió la naturaleza humana. Aunque era rico, por amor a nosotros se hizo pobre, para que por medio de su pobreza nosotros pudiéramos ser ricos. En la plenitud del tiempo el nació de una mujer. Durante su peregrinación terrena fue de verdad “varón de dolores, experimentado en quebranto”. Exactamente de qué modo era posible que la totalmente intacta y gloriosa naturaleza divina del Salvador morara en íntima unión con su naturaleza humana— estando esta

última agobiada con la carga de nuestra culpa y todas las inexpresables agonías que esta condición implicaba—, es algo que sobrepasa la comprensión humana.

Nuestro pasaje nos informa también que en lo referente a su naturaleza humana Jesús “nació del linaje de David”. Esto sucedía en cumplimiento de la promesa frecuentemente repetida en el Antiguo Testamento. De no haber sido Él descendiente de David, no podría haber sido el Mesías, ya que la profecía respecto a Él debe cumplirse.

Su estado de humillación, sin embargo, no podía durar para siempre. Como recompensa por su buena voluntad de soportarla, Él fue, por virtud del Espíritu de santidad, designado para ser Hijo de Dios “en poder”, o “investido de poder”.

La exaltación de que se habla se efectuó a través de su resurrección de entre los muertos; en otras palabras, su gloriosa resurrección fue el primer paso importante en su trayecto a la gloria. Fue seguida por la ascensión de Cristo, su coronación y el acto de derramar al Espíritu Santo.

Como ya se ha indicado, él era Hijo de Dios desde toda la eternidad, pero durante el período de su humillación la plenitud de su poder, estaba, por decirlo así, oculta. Por medio de su gloriosa resurrección, su investidura de poder no sólo fue resaltada, sino que también comenzó a resplandecer en toda su gloria. La expresión usada aquí nos recuerda la afirmación de Pedro, hecha en un contexto muy similar, a saber: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis Dios le ha hecho a él Señor y Cristo”. Esta afirmación no implica que antes de su resurrección Jesús no fuera Señor y Cristo. Significa que el poder, majestad y gloria de su exaltado oficio comenzaba ahora a resplandecer con todo su incrementado brillo.

Ahora Romanos 1 nos informa que esta manifestación de la investidura de poder de Cristo se llevó a cabo por medio del “Espíritu de santidad”. No se debe identificar a este “Espíritu de santidad” con el elemento espiritual de la naturaleza humana de Cristo en contraste con su elemento físico, o con su naturaleza divina en contraste con su naturaleza humana, sino con el Espíritu Santo, la tercera persona de la divina Trinidad.

Fue debido a este gran poder que el exaltado Salvador divino-humano desde su trono celestial derramó el Espíritu sobre su iglesia, impartiendo fuerza, convicción, valor e iluminación a que previamente habían sido muy débiles. Fue también esta energía la que lo capacitó para lograr conversiones de a miles, de manera tal que aun según el testimonio de los enemigos “el mundo estaba siendo trastornado”. Además, fue como resultado del ejercicio de esta poderosa influencia que la barrera entre judío y gentil, un muro tan formidable que debe haber parecido imposible quitarlo, fue efectivamente destruido. Y fue debido a esta fuerza que el glorioso evangelio del Salvador resucitado y exaltado comenzó a penetrar cada esfera de la vida y continúa haciéndolo hoy.

Pablo concluye este resumen de nombres de Aquel que es corazón y centro del “evangelio de Dios” añadiendo: “Jesucristo nuestro Señor”. Este muy significativo título demuestra lo que Aquel a quien se describe significa para el apóstol: en realidad, para la iglesia en general y para la de Roma en particular. Es por medio de “Jesucristo nuestro Señor” que el verdadero evangelio llega a su culminación. Aparte de Él la salvación es imposible. Con Él como nuestro soberano gozosamente reconocido, objeto de nuestra confianza y amor, la condenación es impensable.

2.3. Más información sobre Pablo

Por medio de él recibimos la gracia y el apostolado para conducir a todas las naciones a la obediencia de la fe por amor de su nombre, entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo.

Habiéndose presentado en el versículo 1, Pablo añade ahora más información sobre sí mismo; más precisamente sobre sí mismo en relación con “Jesucristo nuestro Señor”, de quien había recibido su importante comisión:

Tomado literalmente, el pasaje dice: “por medio de quien y por cuya causa recibimos gracia y apostolado”. Muchos traductores han retenido estas palabras, en ese mismo orden, en sus versiones. Así interpretado, Pablo estaría diciendo que él había recibido dos cosas (a) gracia; es decir, el favor inmerecido de Dios que otorga salvación, más (b) el apostolado.

Cuando Pablo dice: “Recibimos”, lo más probable es que él esté usando el plural literario. De ser así, él se está refiriendo a sí mismo y no a otros también. ¿Cuándo recibió Pablo de “Jesucristo nuestro Señor” el don del apostolado, con el mandato implí-

cito de ejercerlo? Muchos pasajes vienen a la mente; hay dos que deseamos destacar. El primero es el pasaje donde Pablo narra la aparición de Jesús camino a Damasco:

Hechos 26:12-18

Ocupado en esto, iba yo a Damasco con poderes especiales y en comisión de los principales sacerdotes, cuando a mediodía, rey, yendo por el camino, vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol, la cual me rodeó a mí y a los que iban conmigo. Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una voz que me hablaba y decía en lengua hebrea: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón”. Yo entonces dije: “¿Quién eres, Señor?”. Y el Señor dijo: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate y ponte sobre tus pies, porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo y de los gentiles, a quienes ahora te envió para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados”.

El segundo, que describe lo que sucedió poco después, cuando Pablo estaba orando en el Templo, se dice que él cayó en trance:

Hechos 22:17-21

Volví a Jerusalén, y mientras estaba orando en el Templo me sobrevino un éxtasis. Vi al Señor, que me decía: “Date prisa y sal prontamente de Jerusalén, porque no recibirán tu testimonio acerca de mí”. Yo dije: “Señor, ellos saben que yo encarcelaba y azotaba en todas las sinagogas a los que creían en ti; y cuando se derramaba la sangre de Esteban, tu testigo, yo mismo también estaba presente y consentía en su muerte, y guardaba las ropas de los que lo mataban”. Pero me dijo: “Ve, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles”.

En ambos pasajes se describe al apóstol como un hombre que recibió su misión apostólica de Jesucristo.

El propósito por el cual Pablo fue designado era el de suscitar obediencia de fe. Tal obediencia está basada en la fe y surge de la fe. En realidad, la fe y la obediencia están unidas tan estrechamente que se las podría comparar con gemelos idénticos. Cuando se ve a uno, se ve al otro. Una persona no puede tener una fe genuina sin tener obediencia, ni viceversa.

Es evidente que Pablo, quién en los versículos 1 al 5 ha estado hablando no sólo de sí mismo y de su oficio apostólico sino también del evangelio cristocéntrico, se vuelve ahora específicamente a los a quienes se está dirigiendo. Por cierto, nunca han estado

ausentes de su mente. Pero ahora él los menciona como quienes estaban definitivamente incluidos en el número de aquellos para quienes el evangelio estaba destinado.

Hablando en términos generales, el apóstol se goza en poder afirmar que la iglesia de Roma no sólo había sido invitada a abrazar a Jesucristo como Señor y Salvador, sino que por la gracia soberana de Dios también había respondido favorablemente a la invitación. Pablo está hablando entonces de lo que muchas veces ha sido denominado “el llamado eficaz”.

Implicito en estas palabras está también el hecho de que Pablo está muy consciente de que él tiene un derecho muy especial y definido de dirigirse a esta gente. ¿No es él “el apóstol (por excelencia) a los gentiles”? ¿Y no es la implicación más natural de las palabras, “entre todos los gentiles, incluyéndoos también a vosotros” (o, “entre los cuales vosotros también estáis”) ésta, a saber, que los a quienes Pablo se dirige aquí eran mayormente gentiles de raza y que habían sido en un tiempo gentiles también por religión?

Como una nota aparte, deseamos referirnos al tema de los apóstoles modernos. Hoy en día está muy de moda el nombrarse apóstol. Falsos apóstoles se erigen dentro de las jerarquías eclesiásticas para ejercer poder sobre pastores y maestros. Según las Escrituras, ese ministerio terminó cuando murió el último testigo presencial de la resurrección de Jesús. Ni los apóstoles modernos, ni los sacerdotes, son sucesores de los apóstoles, o para ningún efecto, apóstoles en sí mismos. Todos los llamados "apóstoles" modernos, sean Católicos, Evangélicos, Mormones, o de una secta, son falsos.

Apocalipsis 2:2

...has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos.

2 Corintios 11:13-15

Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo.

Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz.

Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras.

Los apóstoles (apostolos) fueron nombrados y escogidos por Jesús de entre sus discípulos. Un mensajero de alguien debe ser nombrado y enviado por “ese alguien”.

Lucas 6:12-16

En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios.

*Cuando llegó el día, llamó a sus discípulos y **escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles**: Simón, a quien también llamó Pedro, su hermano Andrés, Jacobo y Juan, Felipe y Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo, hijo de Alfeo, Simón llamado Zelote, Judas hermano de Jacobo, y Judas Iscariote, que llegó a ser el traidor.*

La raíz griega utilizada en el texto mencionado para apóstoles es “apostelo” en su forma de verbo que significa enviar. En su forma de sustantivo “apostolos” significa “uno que es enviado”. Sin duda los apóstoles fueron enviados pero si solamente hubiesen sido eso se hubiera utilizado otra palabra en griego que es la que se usa para mensajero “angelos” que es de donde obtenemos la palabra “ángel”. Un “apostolos” era más importante que un mensajero o un heraldo, comunicando la idea de embajador, representante oficial o delegado, alguien que tenía la autoridad delegada de su enviador.

En arameo, lenguaje en el que hablaba Jesús, la palabra “apostolos” tiene un equivalente exacto “shaliah” que era la palabra que se usaba entonces para llamar a un representante del Sanedrín, la autoridad religiosa de Israel. Un “shaliah” hablaba con la autoridad del Sanedrín y los que recibían el mensaje lo hacían otorgándole el mismo respeto y obediencia que al concilio mismo. Este embajador nunca entregaba su propio mensaje, siempre entregaba el mensaje de su enviador. Algunos de los rabinos más prominentes también tenían sus “shaliahs” quienes ostentaban la autoridad del rabino a quien respondían. La Mishna, interpretación oral de la ley, decía que el “shaliah” era el enviado por el hombre y era como el hombre mismo.

De modo que la naturaleza del cargo era bien conocida por el pueblo judío. Cuando Jesús nombró apóstoles estaba haciendo algo muy conocido en la cultura de entonces, estaba nombrando “shalihas”. Posteriormente, cuando los apóstoles predicaban la Palabra después de haber ascendido Jesús a los cielos, todos los pobladores de Jerusalem tenían claro que ese mensaje venía con la autoridad de su emisor Jesús, y que estos hombres eran la representación viva del Señor ascendido. Este cargo era entonces uno de gran respeto y autoridad al punto de que al Nuevo Testamento también se le ha llamado “testimonio apostólico”. La iglesia del primer siglo fue constituida sobre la base de la autoridad apostólica y del mensaje de perdón y redención predicado por ellos. Apóstol nunca significó “plantador de iglesias” o administrador de iglesias. Ese cargo solo lo ostentaron doce personas nombradas por la autoridad divina a quien representaban... Jesús.

Cuando Jesús decía que hablaba en el nombre del Padre usó ese mismo término, “shaliah” porque venía con la autoridad del Padre a dar su mensaje. Cuando nombró

a sus embajadores, lo hizo de igual manera, nombrándolos “apostolos” en griego o “shalihas” en arameo.

Por lo tanto el primero y más importante requisito para ser apóstol es “ser nombrado por Jesús”. Es por ello que Pablo pudo llamarse apóstol porque el Señor mismo se le apareció y lo nombró. Pablo mismo se consideraban el más pequeño de ellos, pues fue el último en ser nombrado. Él mismo se dijo abortivo lo cual es una alusión a la manera especial en que Pablo nació a la fe cristiana, o bien a que su conversión tuvo lugar «fuera de tiempo» respecto de los demás apóstoles.

1 Corintios 15:8-9

Por último, como a un abortivo, se me apareció a mí.

Yo soy el más pequeño de los apóstoles, y no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios.

Lo que sí es claro es que los apóstoles son solamente doce pues doce son los cimientos de la nueva Jerusalem que bajaría del cielo al final de la historia. Eso dice la Biblia:

Apocalipsis 21:14

El muro de la ciudad tenía doce cimientos y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.

2.4. Los destinatarios

A todos los que estáis en Roma, amados de Dios y llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Cuando Pablo denomina a los destinatarios “los llamados de Jesucristo”, en el versículo anterior, él quiere decir “aquellos que en virtud de haber sido eficazmente llamados pertenecen a Jesucristo, son su pueblo”. Ellos son aun ahora su exclusiva propiedad, habiendo sido entregados a él por el Padre. Esta inclusión en la familia de Dios está también implícita en las palabras. Por medio de la frase: “*A todos los que estáis en Roma, amados de Dios*” Pablo continúa lo que había comenzado en el versículo anterior, a saber, describir a los a quienes se dirige. Ahora incluye en su descripción el nombre del lugar donde viven, Roma.

En cuanto a la expresión “amados de Dios” (o: “amados por Dios”), un estudio del libro de Romanos en su totalidad revela que para Pablo estas palabras indican no sólo que Dios ama ahora a los creyentes que están en Roma, sino que Él los ha amado desde toda la eternidad y nunca dejaría de amarlos. Sabemos que esta es la opinión del apóstol porque, según él lo ve, el afecto de Dios por sus hijos es una cadena irrompible. Abarca desde una eternidad hasta la otra. Es un amor que precede, acom-

pañña y sigue el amor de ellos por Dios. Y, lógicamente, aun el amor de los hombres por Dios no debe ser visto como una entidad independiente. Más bien: “Nosotros amamos porque él nos amó primero”.

La misma idea está ciertamente implícita en las enseñanzas de Pablo sobre este tema.

Como ya se dijo antes, Pablo había sido totalmente entrenado en el contenido de lo que hoy denominamos el Antiguo Testamento. Él sabía que durante la antigua dispensación hubo ciertos lugares, objetos y personas que habían sido “apartados” y “consagrados” al servicio de Dios; por ejemplo, el santuario y el lugar santísimo, el diezmo de la tierra, los sacerdotes y aun los israelitas en conjunto, vistos a distinción de las otras naciones. Es esta idea que en el Nuevo Testamento se aplica a los cristianos en general. Ellos son el “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios” de la nueva dispensación, escogido para declarar las alabanzas de Dios. El santo es, entonces, una persona cuya culpa ha sido borrada en base a la expiación vicaria de Cristo y que, en consecuencia, por medio del poder del Espíritu que mora en él, se esfuerza en vivir para la gloria de Dios. Se trata de uno que ha sido “apartado” y “consagrado” para servir.

Pablo, entonces, afirma que los destinatarios de esta carta son esa clase de personas. Son santos en virtud de haber sido efectivamente llamados.

Este texto apunta al hecho de que la persona, que por la soberana gracia y poder de Dios ha llegado a ser santo, no puede dormirse en sus laureles. Por el contrario, al ser ahora un santo, debe esforzarse día tras día en vivir como un santo debe vivir. Esto es aún más cierto debido a que mientras esté todavía en este mundo, sigue siendo un pecador. Deber esforzarse lo más posible—no por su propio poder, puesto que no tiene ninguno, sino por el poder del Espíritu Santo— para ser “santo(s) e irreprochable(s) delante de él”. Y si es realmente un santo, también hará esto.

Pablo ha llamado a estos romanos “los llamados de Jesucristo, amados de Dios, santos”. “Pero, ¿por qué,” podemos preguntarnos, “es él tan generoso en su alabanza a esta gente y tan ansioso por asegurarles que los ama ... y aun mejor, que Dios los ama?”

Lo probable es que lo haga porque él sabe, y ellos saben, que él, Pablo, no ha fundado esta iglesia. Es como si estuviera diciendo: “Yo os amo tan sincera y profundamente como si yo mismo hubiese sido el fundador de vuestra iglesia. Y me considero vuestro apóstol; sí, realmente vuestro”.

Luego agrega el deseo que es tan común en todas sus cartas. Gracia a vosotros y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Esta es la forma de saludo que hallamos en la mayoría de las epístolas de Pablo. En Colosenses y en 1 Tesalonicenses hay una abreviación; en 1 y 2 Timoteo hay una ampliación, al haberse insertado la palabra “misericordia” entre “gracia” y “paz”. En Tito las palabras “nuestro Salvador” han sido sustituidas por “nuestro Señor”.

Lo que vemos aquí en Romanos, es que la forma griega de saludar ha sido combinada con la forma judía. El griego dice ¡Chaire! = “¡Gozo a vosotros!” El judío dice ¡Shalom! = “¡Paz!” Pero no sólo se han unido estos dos saludos por Pablo sino que se han transformado al mismo tiempo en un saludo peculiarmente cristiano. En relación con esto vale la pena notar que “chaire” ha sido cambiada a “charis” = gracia.

La gracia, como se usa aquí, es el favor inmerecido y espontáneo de Dios en acción, la benevolencia libremente otorgada en función, brindando salvación a pecadores cargados de culpa que buscan refugio en Él. Es algo así como el arco iris que rodea el trono mismo y del cual salen relámpagos, estruendos y truenos. Pensamos en el Juez que no sólo remite el castigo, sino que también cancela la culpa del ofensor y luego lo adopta como hijo.

La gracia trae paz. Esta última es tanto un estado, el de reconciliación con Dios, como una condición, la convicción interna de que todo está bien. La paz es la gran bendición que Cristo, por medio de su sacrificio expiatorio, otorga a la iglesia y ella sobrepasa todo entendimiento. No es el reflejo de un cielo sin nubes en las tranquilas aguas de un pintoresco lago, sino más bien la hendidura en la roca en la cual el Señor esconde a sus hijos cuando truena la tormenta o, para cambiar la figura un poco, pero reteniendo el pensamiento central, es el lugar de refugio bajo las alas donde la gallina reúne a sus polluelos, de modo tal que los mismos están seguros mientras que la tormenta se desata con toda su furia sobre ella.

Ahora bien, esta gracia y paz tiene su origen en Dios nuestro (¡preciosa palabra que nos permite apropiarnos y vernos incluidos!).

3. Acción de gracias de Pablo y su deseo de visitar Roma

Primeramente doy gracias a mi Dios, mediante Jesucristo, por todos vosotros, porque vuestra fe se divulga por todo el mundo. Dios, a quien sirvo en mi espíritu anunciando el evangelio de su Hijo, me es testigo de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera, si es la voluntad de Dios, tenga al fin un próspero viaje para ir a vosotros, porque deseo veros, para comunicaros algún don espiri-

tual, a fin de que seáis fortalecidos; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí.

Pero no quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros para tener también entre vosotros algún fruto, como lo he tenido entre los demás gentiles, pero hasta ahora he sido estorbado. A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor. Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma.

“Doy gracias a mi Dios”. Para este escritor Dios no era una abstracción filosófica sino un verdadero Amigo. Dios era el objeto de la confianza y del amor de Pablo, Aquel a quien le debía todo. ¿No fue Dios quien había cambiado a este fiero perseguidor en un entusiasta promotor del evangelio? De allí que, para apreciar el significado de la designación “mi Dios” y las emociones que deben haber surgido en el corazón del apóstol cuando escribió esto, uno deber leer otros pasajes tales como “el Dios de quien soy y a quien sirvo” y otros más

“... mediante Jesucristo”. Fue por medio de Él que se habían recibido las bendiciones. Por ello corresponde también que a través de Él se den las gracias. ¡Este círculo nunca debe romperse! Las bendiciones divinas que descienden del cielo deben ascender de nuevo al cielo en forma de reconocimiento agradecido.

“... por todos vosotros”, no sólo por aquellos con quienes Pablo se había encontrado o a quienes había conocido y que menciona por nombre al final de la carta, sino por toda la congregación.

“... porque vuestra fe se divulga por todo el mundo”. Esto es comprensible, especialmente al tener en cuenta que Roma era la capital, la metrópolis del “mundo” conocido por Pablo. Era mucha la gente que tenía contacto con Roma, ya sea directamente o por medio de amigos, parientes, asociados comerciales, etc. El hecho de que el centro mismo de la Roma pagana hubiera quienes adorasen al verdadero Dios era sin duda un tema digno de conversación, una razón adecuada para una gozosa acción de gracias.

Dios, a quien sirvo en mi espíritu anunciando el evangelio de su Hijo, me es testigo de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera, si es la voluntad de Dios, tenga al fin un próspero viaje para ir a vosotros.

“Dios ... es mi testigo”. ... a quien sirvo ... “en el evangelio de su Hijo Para que los creyentes de Roma pudieran saber con cuánto celo ora Pablo por ellos y cuán profundamente él anhela verlos, Pablo, para confirmar lo que dice, apela al Dios omnisciente, que no puede mentir y que juzga los corazones y los motivos humanos. “en el evangelio de su Hijo”,

puesto es por medio de la encarnación de éste, su vida, muerte, resurrección, ascensión, coronación, intercesión, y el derramamiento del Espíritu, que los creyentes obtienen las bendiciones prometidas.

“...de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera, si es la voluntad de Dios, tenga al fin un próspero viaje para ir a vosotros. ¿Por qué tenía Pablo tantos deseos de visitar la iglesia de Roma? La respuesta se encuentra en los versículos posteriores.

“porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis fortalecidos; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí.”

“... algún don espiritual”. Pablo se expresa aquí muy modestamente. Él se refiere aquí al fortalecimiento espiritual en general y no al impartimiento de ningún don carismático específico, como el de hablar en lenguas, etc.

Esta modestia o humildad de parte del escritor es también evidente en el uso de la voz pasiva: *“a fin de que seáis fortalecidos”*, esto es, por Dios.

Y este rasgo atractivo—a saber, la humildad, “esa humilde dulce raíz, de la cual brotan todas las virtudes celestiales”—se manifiesta especialmente en el último renglón, en el cual Pablo se coloca a sí mismo en el mismo nivel de los creyentes de Roma, afirmando que su presencia en Roma significará un estímulo mutuo; como si dijese: “Mi fe, tanto como la vuestra, necesita fortalecimiento. Vosotros seréis de bendición para mí, y yo para vosotros”. Dice Calvino: “Nótese a qué grado de modestia se somete su piadoso corazón, que no desdeñaba buscar confirmación en inexpertos iniciados. Y realmente quiere decir lo que afirma, ya que en la iglesia de Cristo no hay nadie tan carente de dones que no pueda contribuir algo para beneficio nuestro. La mala voluntad y el orgullo, sin embargo, impide que obtengamos de otros este tipo de frutos”.

Pero no quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros para tener también entre vosotros algún fruto, como lo he tenido entre los demás gentiles,

“No quiero que ignoréis”. Esta expresión es un tipo de litote; es decir, una figura en la cual se expresa y aun se enfatiza algo por medio de la negación de lo opuesto. Por ejemplo, “no pocos” probablemente significa “bastantes”, o aun “muchos”. O sea que lo que Pablo quiere decir en este caso es “Deseo que noten especialmente que ...”

“... hermanos”. Que “todos los hombres son hermanos” es un dicho muy común. Aunque en cierto sentido esto no pueda negarse, no es esto lo que Pablo tiene en mente. Él está ha-

blando de “hermanos en Cristo”, de “aquellos que juntos pertenecen a la familia de Dios”.. En el vocabulario de Pablo, la palabra “hermanos” aparece con gran frecuencia; de hecho, unos cien veces. En Romanos aparece catorce veces. Que lo que el apóstol generalmente tiene en mente cuando usa este término es “aquellos que están unidos en el vínculo común de la comunión cristiana”, es evidente.

También en este punto de reconocimiento de la familia de Dios, cuyos miembros son “hermanos” y “hermanas”, Pablo sigue la enseñanza y ejemplo de Cristo.

“...*muchas veces me he propuesto ir a vosotros*”. Esto no puede significar menos que hubo realmente varias ocasiones en que Pablo hizo serios planes para visitar la iglesia de Roma. ¿Cuándo sucedió esto? ¿Durante su anterior estadía en Corinto? ¿O en relación con el extenso ministerio de Pablo en Éfeso? No lo sabemos. Lo que sí sabemos, sin embargo, es que Pablo, al escribir esto, está revelando a los creyentes romanos que su interés y amor por ellos no es cosa de ayer no más.

Por el contrario, él ha recibido muchos informes sobre ellos, los ha recordado repetidamente en sus oraciones, cosa que hace todavía, está lleno de ternura por ellos y está haciendo planes nuevamente (como lo hiciera antes) de visitarlos.

Es claro que “*pero hasta ahora he sido estorbado*” es un paréntesis. ¿Qué fue lo que impidió estos viajes proyectados?

La frase: “*No quiero que ignoréis, hermanos, que muchas veces me propuse ir a vosotros*” continúa así: “*para tener algún fruto también entre vosotros ...*”. A juicio de Pablo, ¿qué era lo que se incluía en este fruto? ¿Un crecimiento en el conocimiento espiritual? Ciertamente los frutos que él mismo menciona en la carta a los Gálatas, amor, gozo, paz, longanimidad (o paciencia), benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre (o amabilidad), dominio propio, y dotes similares, deben añadirse.

Al mencionar “fruto”, ¿sería posible que él estuviese pensando en conversiones a la fe cristiana, ya directamente desde el paganismo, o desde el paganismo vía el judaísmo? Algunos expositores niegan esto. Pero aun así, ¿es posible excluir este tipo de fruto de la cosecha que Pablo tiene en mente?

Lo importante en relación con esto es notar, una vez más, cuán estrecha es la relación entre la mente de Cristo y la mente de Pablo. ¿No enfatizó también nuestro Señor la necesidad de llevar fruto?

“... para tener algún fruto también entre vosotros, como (lo he tenido) entre los demás gentiles”. Sería un serio error pasar por alto esta afirmación como si no tuviera importancia. Tampoco satisface dejarlo de lado tras comentar que evidentemente la iglesia de Roma consistía en su mayor parte de gentiles, aunque la inferencia probablemente tiene justificación.

Parece que la verdadera lección que deja el versículo 13 es una vez más la de la modestia de Pablo. “Algún fruto ... como entre los demás gentiles”. ¡Qué forma humilde de describir la rica y abundante cosecha de familias e individuos que por medio de Pablo había sido ganada para el Señor de entre los gentiles! Algunos de estos gentiles habían sido ganados para el Señor de entre la oscuridad del paganismo; otros habían sido transferidos del reino de las tinieblas al de la luz tras haber primeramente permanecido durante un breve tiempo en la parada del judaísmo, una estación de paso en la que las más profundas necesidades del alma no habían llegado a alcanzar la satisfacción suprema. La totalidad de la cosecha había sido enorme. Y esto era cierto aun sin contar a los judíos que habían sido convertidos.

“¡Algún fruto también entre vosotros, como entre los demás gentiles!” La humildad de Pablo sin duda era profunda, un ejemplo para todos nosotros. ¿Y a quién nos hace acordar esa modestia, humildad y bondad?

4. La definición de gentiles

Pablo acaba de referirse a “los gentiles” (“... como lo he tenido entre los demás gentiles”). Con referencia a ellos, entonces, él continúa hablando y dice: *A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor. Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma.*

La gran variedad de explicaciones que hay de estas palabras puede llegar a ser una sorpresa. Según parece, lo que aquí tenemos es un ejemplo de un tipo de paralelismo en el cual el segundo miembro, aunque repite el pensamiento del primero, añade algo a ello a modo de explicación. En otras palabras: sabios e ignorantes explica a griegos y bárbaros.

Pablo escribe a creyentes que viven en Roma. Es comprensible, entonces, que cuando él usa el término griego, no se limite a la gente nacida en Grecia. Lo que él quiere decir es esto: los gentiles que eran de ascendencia griega, o que tenían la costumbre de hablar griego y que habían asimilado, al menos en alguna medida, la cultura griega.

El hecho mismo de que el apóstol escriba esta epístola en griego, y que dé por sentado que los destinatarios pueden entenderla, ya comprueba que, en el sentido arriba indicado, la gente a la que escribe puede ser llamada “griegos”.

Ahora bien, cuando un greco parlante escuchaba la conversación de algún extranjero, el incomprendible parloteo de este último le sonaba como brrbrr. Entonces él le llamaría al extranjero bárbaro. Algunos de estos bárbaros eran sin duda personas de pocas luces, o al menos eran así consideradas por los “griegos”.

Sin embargo, el evangelio se extiende hacia todos, los educados y lo no educados, los cultos y los incultos. Lo que Pablo está diciendo, entonces, es esto: “Tengo un llamado divino de predicar el evangelio a los griegos y también a los bárbaros; a sea, tanto a los sabios como a los ignorantes”.

Hubo, y todavía hay, un solo mensaje para ambos, un camino de salvación para ambos. A la gente de Listra que acostumbraba hablar el idioma licaónico, Pablo les había traído el evangelio. Los creyentes en Roma eran versados en el griego. También ellos deben oír el evangelio de labios de Pablo.

¿Acaso no lo había designado el Señor como “apóstol de los gentiles” sin tomar en cuenta su verdadero o supuesto nivel de cultura? ¿No era cierto que necesitaban oír este evangelio? Los que todavía estaban en las tinieblas necesitaban oírlo. Los que habían sido sacados de las tinieblas a la luz necesitaban oírlo también.

De todos ellos Pablo se consideraba deudor; en primer lugar, por la comisión que la había sido encomendada; en segundo lugar, porque él mismo había sido un perseguidor y había sido rescatado por el Señor de un modo inolvidablemente misericordioso.

Entonces tanto a griegos como a bárbaros, tanto a sabios como a ignorantes, y en consecuencia también a los que vivían en Roma, el apóstol debía llevarles las buenas nuevas.

Es como si también aquí le oyésemos decir: “¡Ay de mí si no predico el evangelio”! No sólo era el hacerlo su deber inescapable; él mismo estaba también deseoso de hacerlo.